

PROCESOS DE SINGULARIZACIÓN Y CLIVAJES
EN LA MODERNIDAD AVANZADA: LOS DESAFÍOS EMERGENTES
PARA LA DEMOCRACIA

***Processes of Singularization and Cleavages in Advanced
Modernity: The Emerging Challenges to Democracy***

*Processos de Singularização e Clivagens na Modernidade Avançada:
Os Desafios Emergentes para a Democracia*

SILVIA CERVIA¹
LORENZO VIVIANI²

Recibido: 18 de diciembre de 2024.

Corregido: 26 de agosto de 2025.

Aceptado: 3 de septiembre de 2025.

Resumen

Este artículo analiza los desafíos de la democracia en la modernidad avanzada, centrándose en los procesos de individualización, singularización y sus implicaciones en el vínculo social y la legitimación política. La transición de la lógica universalista de la modernidad clásica, centrada en la emancipación a través de derechos universales, a una lógica singularista que valora la unicidad individual genera nuevas fracturas sociales y culturales. Los procesos de

¹ Doctora en Sociología por la Universidad de Pisa, Italia. Profesora asociada de Sociología de los procesos culturales comunicativos. Docente de Educación y Sociología y Etnografía de los procesos culturales en el Departamento de Ciencias Políticas. Coordina el Laboratorio de Investigación Cult-In-Edu (Cultura-Individuos-Educación) en la Universidad de Pisa. Líneas de investigación: procesos culturales como procesos de significación, con especial atención a las dinámicas de co-construcción y co-producción de significados y prácticas, así como a los procesos de socialización e identidad, con un enfoque particular en el género. Correo electrónico: silvia.cervia@unipi.it

² Doctor en Sociología política por la Universidad de Firenze Italia. Profesor titular de Sociología Política en la Universidad de Pisa, Italia. Líneas de investigación: Coordinador de la sección de sociología política de la Asociación Italiana de Sociología (AIS). Líneas de investigación: sociología política, con enfoque particular en los partidos, el liderazgo político, la democracia y el populismo. Correo electrónico: lorenzo.viviani@unipi.it

singularización redefinen la relación entre identidad individual y colectiva, transformando el reconocimiento social en un imperativo performativo.

No todos disponen de los recursos necesarios para satisfacer las demandas de una sociedad singularista, lo que crea una división entre *ganadores*, miembros de una élite cultural cosmopolita, y *perdedores*, a menudo excluidos o refugiados en comunitarismos esencialistas. Estas dinámicas debilitan la cohesión democrática y alimentan el populismo, que aprovecha el malestar social oponiendo una visión homogénea del *pueblo* frente a las élites. Además, la erosión de la confianza en las instituciones democráticas se ve agravada por la desintermediación y la fragmentación del debate público.

El análisis propuesto, al considerar la intersección entre vínculo social y dimensión política, permite identificar las tensiones entre generalidad y singularidad, racionalización y culturalización como características de la actual coyuntura democrática. Una cuestión que exige un replanteamiento teórico que interprete las líneas de fractura y los cambios en la base de las democracias modernas.

Palabras clave: Singularización, democracia, reconocimiento, individualización, populismo, fracturas sociales.

Abstract

This article analyzes the challenges of democracy in advanced modernity, focusing on the processes of individualization, singularization, and their implications for social bonds and political legitimacy. The transition from the universalist logic of classical modernity, centered on emancipation through universal rights, to a singularist logic that values individual uniqueness, generates new social and cultural fractures. The processes of singularization redefine the relationship between individual and collective identity, transforming social recognition into a performative imperative.

Not everyone has the resources to meet the demands of a singularist society, creating a division between “winners,” members of a cosmopolitan cultural elite, and “losers,” often excluded or retreating into essentialist communitarianism. These dynamics weaken democratic cohesion and fuel populism, which exploits social discontent by opposing a homogeneous vision of the “people” to the elites. Moreover, the erosion of trust in democratic institutions is exacerbated by disintermediation and the fragmentation of public debate.

The proposed analysis, considering the interplay between social bonds and the political dimension, highlights tensions between generality and singularity, rationalization and culturalization, as defining features of the current democratic juncture. This issue calls for a theoretical rethinking that interprets the fault lines and transformations at the core of modern democracies.

Keywords: Singularization, democracy, recognition, individualization, populism, cleavages.

Resumo

Este artigo analisa os desafios da democracia na modernidade avançada, focando nos processos de individualização, singularização e suas implicações sobre os laços sociais e a legitimação política. A transição da lógica universalista da modernidade clássica, centrada na emancipação através de direitos universais, para uma lógica singularista que valoriza a unicidade individual, gera novas fraturas sociais e culturais. Os processos de

singularização redefinem a relação entre identidade individual e coletiva, transformando o reconhecimento social em um imperativo performativo.

Nem todos possuem os recursos necessários para atender às demandas de uma sociedade singularista, criando uma divisão entre “vencedores”, membros de uma elite cultural cosmopolita, e “perdedores”, muitas vezes excluídos ou refugiados em comunitarismos essencialistas. Essas dinâmicas enfraquecem a coesão democrática e alimentam o populismo, que aproveita o descontentamento social ao opor uma visão homogênea do “povo” às elites. Além disso, a erosão da confiança nas instituições democráticas é agravada pela desintermediação e fragmentação do debate público.

A análise proposta, considerando a interseção entre laços sociais e dimensão política, permite identificar as tensões entre generalidade e singularidade, racionalização e culturalização, como características da atual conjuntura democrática. Uma questão que exige um repensar teórico para interpretar as linhas de fratura e as transformações na base das democracias modernas.

Palavras-chave: Singularização, democracia, reconhecimento, individualização, populismo, fraturas sociais

1. Introducción³

En los procesos transformadores de las sociedades contemporáneas, uno de los principales retos de la sociología es volver a tejer la trama de la relación entre los procesos democráticos y las formas de cambio social en la modernidad tardía a través del análisis de las relaciones estructurales que vinculan las dinámicas de cambio social y los modelos identitarios (Rosa, 2017). La transformación del sentido atribuido a la individualización, que pasa de ser una aspiración universalizante hacia la ciudadanía a convertirse cada vez más en una dinámica de subjetivación caracterizada por la culturalización de las divisiones sociales en modelos de estilos de vida, desplaza las grandes narrativas en favor de narrativas singularizadas, alterando el significado mismo de conceptos clave en la esfera social y política, como *igualdad y diferencia*.⁴ La noción clásica de *progreso* es superada mediante

³ El artículo se enmarca en la tradición sociológica que interpreta las dinámicas contemporáneas a la luz de una transformación de la modernidad que no supone su superación, sino en la que las categorías modernas se ven radicalizadas en el devenir de los procesos sociales actuales (Beck, Bauman, Giddens, Reckwitz, Rosa).

⁴ La perspectiva y la literatura empleadas son especialmente adecuadas para describir los cambios y procesos en curso en el Norte Global. Sin embargo, se considera que el análisis propuesto mantiene su pertinencia —a la luz de lecturas como las de la “tercera modernidad” (Preyer, Krausse, 2023)— para comprender las dinámicas de reorganización y redefinición en marcha, dado el peso que los procesos de significación originados en

una crítica a la tendencia de autorrealización individual, que había definido la promesa clásica del proyecto social y político de la modernidad (Reckwitz, 2020). Esta crisis de la autorrealización se entrelaza con otras dos crisis: por un lado, la crisis del reconocimiento, intrínsecamente vinculada a la lógica de la realización individual y, por otro, la crisis de la política en cuanto a su capacidad para ejercer control sobre la sociedad, a causa de la fragmentación del debate público en esferas públicas autónomas, separadas y conflictivas, donde el objetivo perseguido es obtener un reconocimiento basado en la similitud cultural más que en la clase social (Reckwitz, 2020).

¿Cómo se redefine la relación entre individuo y sociedad en un contexto de transformación de expectativas, conflictos y reivindicaciones típicas de la modernidad (Wagner, 2013)? ¿Cuáles son las implicaciones en términos de construcción del yo y del vínculo social? ¿Qué impacto tienen estos cambios en los procesos de legitimación y deslegitimación de las instituciones sociales y políticas?

Para responder a estas preguntas, el artículo propone un enfoque heurístico que explora las tres crisis identificadas (de la autorrealización, del reconocimiento y de la política) a la luz de los procesos de transformación de los vínculos sociales, de la relación entre sociedad y cultura y entre política y sociedad.

Las crisis de la autorrealización y del reconocimiento se inscriben dentro de la ambivalencia de los procesos de *singularización* en curso. Estos procesos pueden entenderse, por un lado, como la socialización consciente del sujeto, marcada por una identidad crítica subjetiva (Touraine, 1998), y, por otro lado, como una reconstrucción no unidireccional de sentido basada en la diferenciación de sujetos que no se definen por su posición en los procesos económicos, sino en la dimensión cultural (Reckwitz, 2020). Desde esta perspectiva, que parte del proceso de individualización ya analizado por Beck, se produce un alejamiento significativo de este último hacia un modelo de construcción individual no racionalista-reflexivo, sino singularista (Martuccelli, 2010, Reckwitz, 2020). Y es en esta transformación donde se sitúa la posibilidad –explorada en el artículo– de releer, en clave analítica, la ambigüedad de la concepción de sujeto propia de la teoría sociológica

esta “parte del mundo” ejercen a escala planetaria. No se trata, en suma, de subsumir en este horizonte las transformaciones que ocurren en otros contextos, sino de reconocer cómo esos otros contextos se ven confrontados con los marcos de sentido propuestos (e impuestos) desde el Norte Global.

(como agente activo y generador de lo social, o como agente actuado por las dinámicas del sistema; Rebughini, 2014) a través de los procesos de reorganización de sentido movilizados por la emergencia de la lógica de lo particular como lógica societaria.

El artículo examina cómo el proceso de singularización revierte el principio constitutivo de la diferenciación social: ya no se trata de divisiones sociales que se estructuran a partir de articulaciones generales (clases, estratos, géneros, etcétera), sino de divisiones sociales que se culturalizan en estilos de vida que deben ser constantemente ejecutados y que se fundamentan en formas de comunicación más emocionales que racionales. Esta transformación sustancial exige una relectura de las dinámicas de reconocimiento: las estructuras universales de la sociedad están llamadas a facilitar los procesos de singularización, donde lo social se rearticula en infraestructuras generales destinadas a la producción de particularidades continuamente ejecutadas (Martuccelli, 2010). Sin embargo, esta articulación de la singularización en estilos de vida da lugar a una nueva fractura social en torno a la cual se reconfiguran nuevos clivajes.

Por un lado, encontramos las subjetividades singularizadas de una nueva clase media altamente cualificada, cosmopolita y capaz de reflexividad que se presenta como desintermediada,⁵ cuyos valores se centran en el éxito y el reconocimiento individual, y que logran capitalizar la lógica de emancipación en términos de unicidad perseguida. Por otro lado, están aquellos que no participan de estas oportunidades: los *derrotados* o *excluidos*. El incumplimiento de los estándares de singularización se asocia, según Reckwitz, con un inédito proceso de clausura que manifiesta una nueva y omnipresente fractura social entre *hipercultura* y *esencialismo cultural* (2020). Es aquí donde surge la otra cara de la moneda de la sociedad tardomoderna: ese esencialismo cultural que actúa cerrando la contingencia mediante formas de reorientación de la subjetividad basadas en nuevas dimensiones de comunitarismo fundadas en la similitud cultural más que en la condición socioeconómica.

⁵ Al presentar la desintermediación de la clase media no como un dato, sino como un proceso de representación social, se busca subrayar cómo las dinámicas de desintermediación e intermediación están profundamente implicadas en la reorganización de las fracturas sociales. Como sostiene Nadia Urbinati en un artículo reciente (2025), deberíamos considerar que los procesos de desintermediación conciernen a la mayor parte de la población, mientras que quienes logran aprovechar la lógica de lo particular pertenecen a grupos sociales altamente intermediados que, al utilizar su poder de mediación, son capaces de imponer su lógica como lógica dominante.

Y es en este punto donde se inscribe la reflexión propuesta por el artículo. Retomando la literatura que evidencia cómo los procesos de *des-reconocimiento* identitario están estrechamente vinculados con las dinámicas de segregación societal (Collins, 1992), se busca poner de relieve los procesos en los que se fundamentan algunas de las dinámicas de politización de las fracturas sociales que cuestionan las bases mismas sobre las que se ha sostenido el orden democrático moderno. No se trata de teorizar la imposibilidad de que, en la sociedad actual, dichos procesos puedan generar dinámicas de recomposición social, sino de mostrar cómo ciertos “recursos” de los procesos de resistencia a lo social –que en la modernidad habían constituido la posibilidad misma de sostener al sujeto reflexivo– se han convertido hoy en recursos para su sometimiento a las lógicas societarias.

Desde esta perspectiva, la contraposición entre *hipercultura* y *esencialismo cultural* no tiene un valor meramente descriptivo, sino que permite identificar la palanca a través de la cual el *lado oscuro* de la singularización se convierte en materia para la construcción de pertenencias excluyentes y defensivas: aquellas operadas por el esencialismo cultural al que alude Reckwitz.

En esta lógica, en la que la movilización de la esfera emocional constituye un recurso fundamental para el reconocimiento de la autenticidad performada, las emociones se revelan como la principal moneda de cambio y el medio más sutil de gobierno. No solo porque moldean al sujeto como empresario de su propia autenticidad, sino también porque, como veremos, alimentan una política de las pasiones que fragmenta el espacio público en esferas afectivas antagónicas.

2. La crisis del reconocimiento: sobre la singularización del vínculo identidad-Yo e identidad-Nosotros

Sin tener la pretensión ni el espacio para abordar en profundidad el largo y estructurado debate sociológico en torno a la identidad como invención moderna (Bauman, 1999), el enfoque heurístico que proponemos aquí se fundamenta en el vínculo entre modernidad e identidad como constitutivo, desarrollándose a partir de los cambios ocurridos en aquellos caracteres sociotípicos que alimentan y sostienen el desarrollo de la identidad-Yo del individuo en relación con la identidad-Nosotros (Elias, 1990). El proceso de modernización redefine las formas organizativas sociales de las unidades

de supervivencia, que pasan de ser unidades reducidas y poco diversificadas a estructuras sociales más amplias, diferenciadas y complejas (Elias, 1990), que impulsan al individuo a identificarse y diferenciarse de los demás. Este cambio implica una transformación en los procesos de significación que, desde la modernidad, se ven influidos por un nuevo recurso simbólico: en esta época, el concepto de *individuo* comienza a utilizarse para referirse al ser humano como un *unicum* de su especie (*ibidem*), un uso que progresivamente agota el espacio semántico de *individuum* previamente empleado en la tradición escolástica para referirse a un caso particular de cualquier especie (Elias, 1990).

En las sociedades tradicionales, la identidad-Yo coincidía con la identidad-Nosotros, de modo que la personalidad de cada individuo se moldeaba en torno a las personalidades modales definidas por identidades-Nosotros sólidas y totalizadoras (Besozzi, 2021). Sin embargo, la primera modernidad pone su atención en cada individuo como ser único, liberándolo de los vínculos sociales asignados, en virtud de los nuevos principios de universalismo y adquisividad (Parsons, 1965). Este programa institucionalizado elevaba la dignidad del individuo por encima de los intereses privados (personales, de clanes, tribus, etcétera), con procesos de socialización que permitían la adaptación individual, voluntaria y programada, bajo principios percibidos como sagrados y universales (Durkheim, 1992). Un camino que, como se ha señalado, al basarse en los principios de universalismo e igualdad del programa racionalista de emancipación individual, queda *incompleto* (Beck y Beck-Gernsheim, 2002), ya que sustituye la coacción de la tradición por la coacción de las instituciones sociales, las cuales, si bien garantizaban la satisfacción de las necesidades de los individuos, confinaban la experiencia individual a modelos institucionalizados.

Si la modernidad redefine la relación individuo-sociedad colocando al primero en el centro de la vida social como sujeto autónomo de decisiones y responsable moralmente, de ahí la inclinación del individuo moderno a reflexionar sobre sí mismo y reclamar su autosuficiencia (Sciolla, 2017), podríamos decir que la modernidad avanzada o segunda modernidad radicaliza este proceso introduciendo innovaciones significativas. La individuación se transforma en individualización,⁶ generando privatismo y

⁶ Inscribiéndose en una tradición consolidada dentro de la sociología, el texto recurre al concepto de individuación a la Durkheim para referirse al proyecto de liberación del individuo de los lazos y ataduras de la tradición y de los vínculos adscritos mediante instituciones

pluralismo de valores y minando las formas tradicionales de legitimación de la autoridad (Sciolla, 2017). La existencia deja de ser un destino para convertirse en una tarea, un deber, que afecta a todos por igual –tanto a los incluidos y reconocidos como a los excluidos (Pizzorno, 1991)– llamados a ser responsables de su vida y de su identidad (como proyecto).

La radicalización del proceso de diferenciación y ampliación de las formas organizativas sociales, tal como lo describe Elias, favorece la pluralización y diversificación de las pertenencias e impone una nueva interpretación del principio de igualdad, que se reconfigura como equidad, garantizando el reconocimiento, la protección y la valorización de las diferencias. Surge una disolución de las pertenencias, cada vez menos estables y obligatorias, que, aunque no afectan la relación constitutiva del binomio identidad-Yo/ identidad-Nosotros –es solo a través del reconocimiento de los demás que se producen identificaciones selectivas y distanciamientos progresivos (Sciolla, 2010)–, redefine de manera radical la relación entre individuo y sociedad, delineando escenarios que no se pueden integrar en un marco unitario.

Para algunos, estos cambios generan un debilitamiento progresivo e inevitable de los vínculos sociales y una fragmentación de la unidad implícita en el concepto de *individuo* (*indivisus*) y de *identidad* (derivada del latín *idem*). El actor social está cada vez más aislado, buscando aprobación y pertenencias que tienden a fragmentar y dispersar la unidad del individuo en un yo fluido (Bauman, 2018), fragmentado (Musil, 1998), heterodirigido (dirigido por los otros) (Riesman, 1973) o narcisista (Lasch, 2001). Para otros, la plena afirmación del modelo racionalista-reflexivo de la modernidad y la fortaleza de los vínculos débiles ofrecen potencialidades para la recomposición social, promovidas por la capacidad de combinar una fuerte identidad con orientaciones universalistas e impulsos solidarios hacia los demás (Berking, 1996, 1999; Beck, 2013).

Esta dicotomía es reinterpretada en la literatura más reciente a la luz del predominio de la lógica de lo particular como lógica social en las sociedades tardomodernas. Una lógica que emerge en todas las esferas sociales (de la producción al consumo, de las instituciones a los vínculos sociales) y que involucra (e incluso transforma) el proceso de individualización,

sociales de carácter universal (1992); y al de individualización para aludir a los procesos de radicalización tardo-modernos que llevan a cabo de manera extrema el proyecto de emancipación individual, superando el papel mediador desempeñado por esas mismas instituciones sociales (Beck y Beck-Gernsheim, 2002).

singularizándolo. A través del concepto de *singularidad* o *singularización* (Martuccelli, 2012; Reckwitz 2020), la literatura sociológica busca enunciar una tendencia actual que transforma radicalmente los procesos mediante los cuales se vehicula la valorización del individuo. A través de la lógica de la singularidad se reescribe radicalmente la gramática del reconocimiento social: si en la modernidad burguesa esta se fundaba en criterios de universalidad, conformidad normativa y coherencia moral –orientados a garantizar la estabilidad del orden común–, en la sociedad de las singularidades el reconocimiento se construye, en cambio, sobre la capacidad de expresar y hacer visible la propia unicidad mediante formas estéticas y emocionales de autenticidad. La performance identitaria obtiene reconocimiento únicamente en la medida en que se sitúa fuera del paradigma de la universalidad, presentándose como expresión de diferencia, particularidad e intensidad emocional; de este modo, la posibilidad misma de ser reconocido impone a los sujetos una continua exhibición de sí como prueba de autenticidad. Esta transformación introduce una lógica procesual (performativa o existencial), en la que los sujetos son llamados a trabajar (más o menos conscientemente) en y con su individualidad, no con el objetivo de alcanzar una meta, sino con el único propósito de su singularidad. La individualización se convierte en singularización: la relación identidad-Yo/ identidad-Nosotros, cambia aún más.

La *singularización* genera un auténtico cambio simbólico, en el cual lo único y extraordinario deja de ser simplemente tolerado para convertirse en algo explícitamente exigido e incluso demandado. Si la identidad-Yo se define en relación con el imperativo social de la unicidad/singularidad (*Einzigkeit*) que el individuo debe desempeñar, modelando su vida como una obra de arte (Reckwitz, 2020), la identidad Nosotros también experimentamos una transformación radical. Ya no se presenta como un marco predominante y orientador con relación a lo particular, sino como una base habilitadora de los procesos de singularización (Reckwitz, 2020). Las instituciones y estructuras de la sociedad están ahora llamadas a facilitar la activación de estos procesos, lo que lleva a que lo social se reorganice en infraestructuras generales para la producción de particularidades que deben ser constantemente interpretadas. Es precisamente en referencia a la singularidad alcanzada y permitida que hoy en día se evalúan las instituciones y su estandarización (Martuccelli, 2022).

Las *pruebas-desafíos* definidas por el contexto actual delinean el marco en el cual tanto la identidad-Yo como la identidad-Nosotros cobran forma.

Si en cada época histórica los individuos se han enfrentado a numerosas pruebas, la especificidad actual radica en la relevancia asignada a estas pruebas, que se convierten en el marco donde se ejecuta la identidad-Yo (Martuccelli, 2006) y, al mismo tiempo, se experimenta la identidad-Nosotros en un doble sentido: por un lado, se redescubre el vínculo social mediante la experiencia transversal de estas pruebas y, por otro, se constata que el individuo necesita apoyos políticos y sociales para afrontar dichas *pruebas-desafíos*. Así, el individuo se ve liberado del último mandato homogeneizante dentro de las diferencias intergrupales, favoreciendo una personalización de las diferencias en una sociedad que hace de la diversificación de experiencias culturales, sociales, etcétera, la nueva norma social (Martuccelli, 2022).

Estamos ante la dramatización extrema del proceso que ha conducido a la distinción entre ser individuo *de iure* y convertirse en uno *de facto*. Como bien señaló Bauman, estas dos dimensiones son cada vez menos superponibles, haciendo de la segunda una obligación (Bauman, 2002). Una obligación que, en la era de las singularidades, no consiste en demostrar la capacidad de convertir ese destino en una trayectoria biográfica personal consciente y coherente, sino que asume un valor puramente performativo, traduciendo esta unicidad en valor (autenticidad) en el aquí y ahora de la experiencia y encontrando en la expresión de sí mismo la razón última de su conducta (expresivismo). Esto plantea directamente la cuestión de las lógicas de acción y, por tanto, la relación entre socialización y constitución del sujeto como agente autónomo de decisión y responsabilidad moral. Las *pruebas-desafíos* se convierten en constitutivas del individuo singularizado precisamente porque delinean un espacio social relevante y crucial donde el actor social está llamado a actuar según criterios específicos de acción que hoy, cada vez más, no derivan del ámbito social por simple transferencia, sino que exigen una acción activa/creativa por parte del actor, quien debe trabajar y componer, de manera autónoma y personal, las lógicas de acción sociales. Es esta acción la que permite al individuo diferenciarse del grupo o de los grupos de pertenencia y lo presupone como sujeto en tanto que centro autónomo de decisión.

3. Sobre la crisis de la autorrealización: la subjetivación como imperativo

Los procesos de subjetivación y la misma noción de *sujeto* son interpretados de manera radicalmente diferente por las diversas tradiciones sociológicas, dependiendo de si se reconoce la centralidad del agente social o la hegemonía de las estructuras (Giddens, 1982). Por un lado, encontramos la tradición que recupera el concepto de *subjetividad* elaborado dentro de la tradición filosófica, desde Kant y Husserl, fundamentado en una concepción del sujeto con relación activa en el mundo de la vida (*Lebenswelt*); y, por otro lado, las voces críticas provenientes del postestructuralismo, el deconstruccionismo y el postmodernismo, así como la idea deleuziana del sujeto fragmentado y nómada, han desmantelado explícita y radicalmente la idea del sujeto como agente activo (Rebughini, 2014). En cualquier caso, es evidente que, en el ámbito de las ciencias sociales, el sujeto siempre es considerado con relación en las contingencias históricas (Spurk, 2021) y culturales, las biografías individuales y las experiencias colectivas (Rebughini, 2014), al punto de que es posible afirmar que existe una suerte de imposición histórica, institucional y situada de convertirse en sujeto (Butler, 2005; Melucci, 1996). Y es desde este punto de vista que algunos/as lo colocan en el centro de su reflexión.

Sin pretender ofrecer una revisión exhaustiva del concepto de *subjetivación* y de *sujeto*, nos referiremos en particular a la tradición accionista francesa, que concibe la subjetividad como el deseo de ser un individuo, que se realiza transformando las experiencias vividas en la construcción de sí mismo (Touraine, 1992). Una resistencia a lo social y una afirmación de sí mismo, liberado de un destino de homogeneización y control sistémico, que se concreta a través del compromiso existencial (Touraine, 2002, 2004). Esta tradición de trabajo, al explorar la práctica social a través de la lente del sujeto, encuentra en las teorías de Dubet primero y de Martuccelli después implicaciones específicas que se articulan con las dinámicas de individualización como singularizaciones exploradas en el párrafo anterior.

Esta corriente teórica, subrayando la complementariedad entre socialización, entendida como formación del individuo, y subjetivación, ahora interpretada como la formación de sujetos autónomos, postula la existencia de un conflicto entre estos dos procesos, considerado constitutivo del sujeto y de sus prácticas de resistencia (Dubet y Martuccelli, 1996b).

Dubet comenzó a explorar la práctica social desde la perspectiva del *sujeto*, entendido como actor social en un mundo social desprovisto de integración (Dubet, 2002), enfrentándose al desafío de construir coherencia entre diferentes ámbitos, esferas o campos de acción. En un mundo desinstitucionalizado y despojado de tradiciones, los actores sociales se ven obligados a considerar simultáneamente múltiples puntos de vista y enfrentarse a tensiones y contradicciones dramáticas que, sin embargo, los habilitan para ejercer agencia y juicio crítico (Dubet, 2006). La experiencia individual se convierte así en el *lugar* de integración entre distintos campos regidos por lógicas de acción divergentes. El campo de la comunidad, organizado en términos de normas, donde la lógica de acción se basa en la identificación, por la cual el actor se define a través de sus pertenencias, buscando mantenerlas o fortalecerlas (Dubet, 2006). El campo de la competencia, estructurado en términos de lucha por recursos escasos y guiado por una lógica de acción estratégica, que orienta al individuo hacia la maximización de sus intereses (no necesariamente económicos). Y, finalmente, el campo de la subjetividad, configurado en términos de lucha por el significado, la libertad y la dignidad, sustentado en una lógica de acción basada en la subjetivación, en la que el actor se presenta como un sujeto crítico frente a una sociedad definida como un sistema de producción y dominio (Dubet, 2006).

En línea con Touraine, Dubet sostiene que estos campos no convergen; al contrario, tienden a separarse, insistiendo en que no existe una unidad intrínseca en la vida social. La única unidad posible deriva de la acción individual. Los actores sociales se enfrentan al imperativo y a la necesidad de integrar estos ámbitos, y lo hacen a través de su experiencia. Cada actor construye una experiencia propia mediante combinaciones subjetivas de diferentes tipos de acción apoyadas en lógicas de acción que no les pertenecen y que les son dadas por las dimensiones del sistema, las cuales se distancian progresivamente de la imagen clásica de la unidad funcional de la sociedad (Dubet, 2016). Este marco teórico sitúa la actividad del sujeto en la construcción de una experiencia coherente en el centro del análisis sociológico (Dubet, 2016). Esta centralidad destaca cómo el predominio de la lógica de subjetivación y la necesidad de componer una unidad a nivel individual son resultado de la modernidad tardía, fruto de los procesos de destradicionalización y desinstitucionalización. Así, se vincula el camino hacia la emergencia del individuo como sujeto de la modernidad con el que

amplía el campo de la subjetividad. El individuo “individualizado” (Dubet, 2016) se ve cada vez más obligado a utilizar la autonomía recibida como legado de la modernidad tardía para componer subjetivamente experiencias sociales que se vuelven cada vez más numerosas, heterogéneas y complejas.

La individuación y la subjetivación se fusionan en la dinámica de la singularización. La singularidad se basa, entonces, en un sujeto que busca continuamente su propia identidad, construyéndose como distancia respecto a los roles sociales y en conformidad con el imperativo de autenticidad al que está sometido; un sujeto relacional, en el que la apertura hacia el otro se convierte en la *conditio sine qua non* para el descubrimiento de sí mismo; plural, al estar expuesto a procesos de socialización contradictorios; que se construye en el devenir de su propia existencia, expresándola a través de las huellas materiales que deja al enfrentarse a las pruebas existenciales, y siempre incompleto, ya que la identidad individual es un proceso en constante transformación que abarca toda la vida (Caradec y Martuccelli, 2004).

Enfocándose en el sujeto como experiencia, Martuccelli tematiza la necesidad de reformular la visión tradicional de la socialización, entendida como una dinámica acumulativa de procesos de interiorización de orientaciones o esquemas de acción, a favor de una perspectiva en la que la socialización funcione como un *filtro* para la composición existencial, representando el momento fundamental del proceso de recomposición subjetiva hacia la unidad. Solo filtrando sus experiencias a través de ideales particulares (social e históricamente dados) el individuo podrá convertirse en sujeto. A través de esta dualidad, Martuccelli explica tanto la precariedad del individuo (obligado por las experiencias sociales a producir y reproducir la configuración de un sujeto en constante evolución) como su continuidad (derivada del filtro ejecutado por el ideal inscrito del Yo individual y exaltado por el conocimiento).

La configuración de sujeto no está cristalizada, pero no está abierta a modificaciones infinitas. A pesar de su maleabilidad debemos contar con la resistencia del material, y ésta está hecha de las huellas de las experiencias y de la acción del ideal. Las configuraciones de sujeto son, entonces, contingentes pero no azarosas. Modificables pero no volátiles. Caleidoscópicas pero no informes. (Araujo y Martuccelli, 2010, 89).

Estas configuraciones subjetivas cumplen en los individuos la función de orientar y legitimar sus acciones en el mundo y son, al mismo tiempo,

el resultado del trabajo de los individuos y de las formas en que responden a las diversas pruebas a que se enfrentan (Araujo y Martuccelli, 2010, 89).

La problematización de la relación entre posiciones sociales y dimensiones subjetivas en términos de distancia no constituye una especificidad del pensamiento de Dubet y Martuccelli, sino que representa, por el contrario, una cuestión transversal en el debate sociológico desde la segunda mitad del siglo xx. ¿De dónde surge esta distancia?

Reconociendo la transversalidad del tema de la diferenciación social e individual en la modernidad avanzada dentro de la reflexión sociológica, identifican en el movimiento que explica las segundas a partir de las primeras un hilo conductor que atraviesa las diferentes tradiciones de trabajo y que se despliega en torno a la distinción entre la socialización a los roles y la socialización a la reflexividad: la primera relacionada con las dinámicas de individuación e individualización y la segunda con las de subjetivación (Dubet y Martuccelli, 1996a, 1996b).

La convergencia de las interpretaciones sociológicas que vinculan modernidad y nacimiento del individuo se remite al creciente nivel de diferenciación y racionalización social. El individuo moderno (que surge en contraste con el hombre comunitario) deriva de la pluralización de los subsistemas de acción (los roles), gobernados por orientaciones y reglas cada vez más autónomas, perteneciendo simultáneamente a diferentes entornos sociales y estando llamado a desempeñar un número creciente de tareas y roles. En este proceso, la noción de *rol* se vuelve esencial. Los individuos, de hecho, están llamados a adquirir múltiples competencias para hacer frente a la diversidad de acciones que deben desempeñar dentro de subsistemas sociales cada vez más numerosos y diferenciados. Las estructuras sociales se autonomizan a medida que se especializan más, y el actor, en consecuencia, es guiado por valores cada vez más universales, aplicables a una multitud de casos particulares. Los códigos son reemplazados por orientaciones de acción interiorizadas, sentimientos y convicciones. En este contexto, el individuo, independientemente de sus mayores o menores márgenes de autonomía, se define a través de la interiorización de normas y disposiciones comunes a la sociedad o a una clase social.

Un proceso delineado de esta manera explica, según los autores, la emergencia del individuo pero no del sujeto. Una distinción sutil que permite importantes precisiones y proporciona la base para el desarrollo de herramientas analíticas y marcos interpretativos sumamente interesantes y

útiles. El reconocimiento del individuo y de su individualidad está mediado por la sociedad: el individuo es el sistema, no en el sentido de que esté subordinado al sistema como en el modelo comunitario, sino en el sentido de que el individuo es simplemente el reverso del sistema social, su lado subjetivo (Dubet, 1994). El concepto mismo de *individualismo* remite a esta distinción, refiriéndose no tanto a un actor autónomo como a la interiorización de modelos colectivos en la intimidad del actor y en su comportamiento individual. Así, el individuo se revela como un *personaje social* en el que subjetividad y posición social aparecen como dos caras de una misma moneda. Sin embargo, el proceso de diferenciación social se ha ido radicalizando, ampliando la distancia entre las posiciones sociales y la esfera personal. La dimensión consensual que sostenía los roles y el sistema de expectativas, obligaciones y lógicas de acción asociadas a estos se ha ido desintegrando, imponiendo al individuo la tarea de construir sus propias motivaciones para la acción, convirtiéndose en sujeto. Un imperativo que, en el ámbito sociológico, solo puede abordarse y *resolverse* en lo social, en lugar de buscarse en una componente no social de la subjetividad. Así, el sujeto sigue siendo un producto de la socialización, pero de una socialización diferente, que centra su atención en la adquisición de estrategias necesarias para cerrar la creciente brecha entre las posiciones sociales y la esfera personal.

El individuo en la sociedad de masas ha sido un ciudadano con la promesa de emancipación capaz de convertirlo en un *igual entre iguales*, mediante la acción de los cuerpos intermedios y las identidades colectivas que actúan según una lógica de generalización. Por el contrario, la lógica social de la sociedad tardomoderna abandona la narrativa social y política del progreso como emancipación, es decir, esa concepción según la cual el progreso, la ciencia, la técnica y las modernas tecnologías digitales estarían, por sí mismas, asociadas a una mejora de las condiciones sociales.

La subjetividad singularizada, como nueva lógica de lo social, se manifiesta en el estilo de vida y en el modo de subjetivación de la nueva clase media altamente cualificada, cosmopolita y capaz de reflexividad desintermediada, cuyos valores son el éxito individual y el reconocimiento. Mientras la singularización realiza, al menos en potencia, su lógica de emancipación individual en términos de unicidad, se abre un terreno de *derrota* para todos aquellos que no participan de esta oportunidad.

No alcanzar los estándares de la singularización se combina con un nuevo proceso de cierre que capta una nueva y omnipresente fractura

cultural: la existente entre hipercultura y esencialismo cultural. La crisis de la autorrealización, la crisis del reconocimiento, el sentimiento generalizado de pérdida y la crisis de la política como poder configurador constituyen el resultado de una lógica social de lo particular, de la que surge el esencialismo cultural como un reencauzamiento de la subjetividad a partir de nuevas dimensiones de comunitarismo. La desconfianza en las formas liberal-democráticas de la política desencadena una disposición hacia la politización de nuevas comunidades imaginadas de carácter fuertemente excluyente, basadas en criterios étnicos, religiosos, soberanistas y populistas.

4. Sobre la crisis de la política: (nuevas) fracturas sociales y lógica de lo particular

Singularizar el vínculo entre identidad-Yo e identidad-Nosotros, significa considerar cómo los procesos tanto de identidad locativa como de identidad integrativa son filtrados a través de la lógica de la singularidad y cómo los procesos de reconocimiento se configuran a partir de la manifestación de la dimensión selectiva, entendida como la huella material del sujeto.

El ideal del Yo singularizado desvincula el proyecto identitario de la lógica del proyecto en su sentido tradicional, concebido como un recorrido de construcción progresiva hacia un ideal a alcanzar, para trasladarlo hacia una concepción performativa (el proyecto se convierte en *performance*) que se realiza, existe y se manifiesta en el *aquí y ahora* de esa experiencia única y encuentra su culminación en el reconocimiento de su propia unicidad. La lógica del proyecto cambia radicalmente, restringiéndose al muy corto plazo y traduciéndose en un proyecto de reconocimiento. Pero también el marco que permite este reconocimiento sufre un cambio profundo, alejándose tanto del individualismo heterodirigido al estilo de Riesman (1973) como del individualismo narcisista al estilo de Lasch (2001). En estos casos, es la lógica del *conformismo* la que guía al actor en su búsqueda de reconocimiento, mientras que aquí se fundamenta en una lógica basada en la excentricidad. Una excentricidad que, sin embargo, camina por un hilo muy delgado, representado por los marcos que permiten a los actores sociales reconocerse y comprenderse; fuera de ellos, no hay reconocimiento singularizado, sino estigmatización.

En este contexto, ¿qué sentido tiene hablar de identidad como un principio estable de reconocimiento (en términos de *concepción del Yo e imagen*

del Yo)? Lo tiene si redefinimos la cuestión de la estabilidad en los términos permitidos por la lógica singularizante. Si la identidad-Nosotros se traduce en la posibilidad de reconocer la unicidad del individuo, ese *Nosotros* se define a partir de los marcos institucionales y simbólicos que permiten al sujeto expresarse y ser reconocido. Por lo tanto, la identidad-Yo se define como la unicidad reconocida por la identidad-Nosotros; es decir, como la compartición de valores, normas e instituciones que permiten al sujeto un proceso de auto y hetero-reconocimiento como un sujeto único y singularizado. Así, la estabilidad y la continuidad de las confirmaciones sobre la propia unicidad en un contexto dado se convierten en el hilo conductor identitario.

Aquí encontramos una respuesta interesante a la cuestión de cómo se inscribe la experiencia en la existencia individual y cómo experiencias múltiples y plurales, de resultados siempre corregibles, pueden inscribirse y sedimentarse en el Yo. Este proceso de reconocimiento se realiza a partir de marcos institucionales, culturales y simbólicos que, mediante procesos de categorización social, definen los grupos de reconocimiento y favorecen la posibilidad de singularización en aquellos que dominan los códigos y son capaces de movilizarlos en situaciones concretas para obtener reconocimientos singularizados. De esta manera, se delinean trayectorias de reconocimiento o falta de reconocimiento que fortalecen o erosionan la confianza en uno mismo. Para los singularizados, incluso lo *feo* se convierte en *bello*, un resultado negativo en una prueba puede utilizarse para confirmar la unicidad percibida por sí mismo y reconocida por los demás. Aquellos que, por el contrario, no logran obtener un reconocimiento en términos de singularidad tienden a experimentar constantes amenazas a su identidad que, como hemos visto, son enfrentadas por el individuo mediante estrategias situadas entre los niveles micro y macro, que también sufren torsiones específicas en la era de las singularidades.

Las dinámicas de erosión de la confianza en uno mismo se ven reforzadas por la singularización que, a través del énfasis en la subjetivación, aumenta la percepción de responsabilidad individual por el fracaso, alimentando la difusión acentuada de problemas existenciales (a nivel micro). Sin embargo, la imposibilidad de encontrar un reconocimiento positivo del Yo también puede llevar a encerrarse en identificaciones estigmatizadas (mejor un reconocimiento negativo que ninguno), alimentando así una nueva dinámica de segregación social a nivel macro (Collins, 1992). Estas

dinámicas conducen a una retirada del individuo del dictado de la subjetivación, orientándolo hacia el recurso a lógicas de acción que no responden a una reelaboración personal y subjetiva, sino más bien a lógicas de acción colectivas, externas al sujeto.

Estas reflexiones permiten tender un puente hacia otras teorizaciones que analizan la emergencia de la lógica de lo singular como un rasgo definitorio de las sociedades actuales. Nos referimos, en particular, a la emergencia de lo que Andreas Reckwitz ha identificado como una nueva fractura social entre *hipercultura* y *esencialismo cultural* (2020). Una nueva división que enfrenta, por un lado, a las subjetividades singularizadas de la nueva clase media altamente cualificada, cosmopolita y capaz de reflexividad desintermediada, cuyos valores son el éxito y el reconocimiento individual, y que aprovechan la lógica de emancipación en términos de unicidad perseguida, y, por otro lado, a todos aquellos que no participan de esta oportunidad, los *derrotados*, los *excluidos*.

No alcanzar los estándares de la singularización se combina, en el análisis de Reckwitz, con un proceso inédito de clausura de la contingencia, a través de formas de reorientación de la subjetividad basadas en nuevas dimensiones de comunitarismo fundadas en la similitud cultural y no en la condición socioeconómica (*ibidem*). Una fractura que intercepta una dinámica muy interesante para el itinerario interpretativo propuesto. Por un lado, los singularizados, que tienen una elevada confianza personal y una positiva *concepción del Yo* que se refleja en las *imágenes del Yo*, en un circuito virtuoso capaz de alimentar su orientación hacia una agencia subjetiva, incluso frente a resultados negativos contingentes; por otro lado, aquellos que pagan el precio de las dinámicas de singularización y experimentan continuos procesos de falta de reconocimiento y ven erosionada su capacidad para confiar en su agencia subjetiva.

Estas trayectorias pueden materializarse tanto en términos de interiorización existencial (con resultados incluso patologizantes) como en el intento de refugiarse en identificaciones comunitarias que, aunque estigmatizantes, garantizan al individuo la posibilidad de obtener un reconocimiento positivo (dentro del grupo), aunque sea estigmatizante (fuera de él), y le permiten escapar del imperativo de recomposición subjetiva del sentido, recurriendo a criterios y lógicas de acción sedimentados y compartidos. Así se realiza ese proceso de objetivación de los códigos culturales que caracteriza el concepto de *esencialismo cultural* en Reckwitz.

La capacidad generativa de formas políticas pone de relieve la centralidad del papel de los intermediarios, aquellos emprendedores políticos cuyo rol principal es ejercer una *representación por inclusión* y, por ende, conectar a los representados con los profesionales de la política, mediante el uso de un lenguaje común, la compartición de códigos simbólicos y sistemas de orientación de sentido codificado que sustentan la pertenencia ideológica (Bourdieu, 2005; Hayat, 2019). En este sentido, Bourdieu (2005) señala que, en relación con el poder simbólico y la representación política, el poder ejercido sobre el grupo está directamente relacionado con la capacidad de *crear el grupo*, es decir, de desarrollar *construcciones políticas* capaces de identificar e incluir a quienes carecen de capital cultural y de recursos temporales para participar activamente, legitimando así una delegación hacia quienes ofrecen garantías de reconocimiento.

Desde los años setenta, Habermas (1982) y Offe (1984) destacaron la crisis de legitimación de las instituciones democráticas, atribuyéndola a las contradicciones e insostenibilidades del capitalismo maduro y al debilitamiento del carácter participativo de la democracia, que se convierte en un sistema de *compensaciones conformes al sistema*, en el que los intereses privados son garantizados a cambio de la renuncia a la libertad. La creciente tensión entre las formas tradicionales de representación política, en nombre de la recuperación de la centralidad del sujeto frente al papel de los intermediarios, participa de diversas maneras en una amplia gama de perspectivas sobre la transformación de la democracia y, en general, hace referencia a la capacidad generativa de opciones políticas basadas en los procesos de construcción de biografías individuales. Así, la recuperación de formas de modernización reflexiva guía la reconfiguración participativa en torno a nuevos fundamentos para la cultura política y los valores (Inglehart y Welzel, 2005), hasta el punto de invertir el axioma tradicional de la sociedad industrial, politizando lo impolítico y, mediante formas de subpolítica y de política de la vida (*life politics*), otorgando –a las elecciones o no elecciones del ciudadano en su vida cotidiana– el valor de participación política (Giddens, 1991; Beck, 1997).

Los procesos de transformación de las bases sociales de la democracia no solo liberan la capacidad generativa de la ciudadanía reflexiva, sino que también generan nuevas dinámicas de fragmentación social y nuevos procesos de exclusión, que se relacionan, por un lado, con la crisis del reconocimiento, intrínsecamente vinculada a los obstáculos para la realización individual, y, por otro, con una crisis de la política en su capacidad de

control y regulación de la sociedad (Reckwitz, 2020). Surge una política de las identidades que encuentra su fundamento en la lógica del esencialismo cultural (Reckwitz, 2020) como formas de reorientación de la subjetividad basadas en nuevas dimensiones de comunitarismo fundamentadas en la similitud cultural y no en la condición socioeconómica, donde la desconfianza hacia las formas liberal-democráticas de la política fomenta la disposición a la politización de nuevas comunidades imaginadas caracterizadas por un fuerte carácter excluyente, ya sea étnico, religioso, soberanista o populista.

Ante el declive de las ideologías que habían cimentado el perímetro de pertenencia de los pueblos partidistas en conflicto, se produce una *resemantización* del pueblo como una comunidad imaginada unitaria, moralmente superior, cohesionada, y al mismo tiempo representada como *despojada* de su soberanía por los actores de la representación (Laclau, 2005; Pappas, 2019). Es aquí donde las dinámicas analizadas conectan con el surgimiento de los populismos que, en lugar de reinterpretar las divisiones que emergen de la sociedad, se construyen en torno a una fractura política capaz de identificar grupos sociales diversos, potencialmente en oposición, bajo la idea de un *clivaje que lo abarca todo*, activando políticamente el *conflicto de estatus* entre ciudadanos y la clase política en una fase de deslegitimación de esta última (Molyneux y Osborne, 2017). Aprovechando la desconfianza y la crisis de legitimación hacia los actores y procedimientos de la democracia, emerge un desafío paradójicamente no antipolítico, sino hiperpolítico, en el que la representación unitaria del pueblo se convierte en la piedra angular sobre la cual construir la oposición no solo contra las élites, sino también contra el fundamento plural del conflicto democrático.

5. Dinámicas de politización de las crisis

La crisis de la política se manifiesta en su creciente incapacidad para controlar la sociedad, debido a la fragmentación del debate público dentro de esferas públicas autónomas, separadas y conflictivas, donde el objetivo perseguido es obtener reconocimiento basado en la similitud cultural y no en la pertenencia a una clase social (Reckwitz, 2020). Es precisamente dentro de la política de la subjetividad donde Reckwitz sitúa el origen de un contramovimiento político orientado hacia la lógica del *esencialismo cultural*, es decir, hacia formas de reorientación de la subjetividad fundamentadas en

nuevas dimensiones del comunitarismo. Estas formas, que se expresan de manera diversa como políticas identitarias de carácter étnico, tendencias al nacionalismo cultural, versiones del fundamentalismo religioso o manifestaciones del populismo de derecha soberanista, se diferencian de las formas tradicionales del comunitarismo por el protagonismo de la culturalización de una identidad específica utilizada políticamente en oposición a otras. Se trata de formas neocomunitarias fragmentadas que no desindividualizan al individuo, sino que satisfacen una forma de reconocimiento y de sentido que no busca uniformar a los demás a uno mismo, sino marcar la diferencia entre los semejantes y los demás (Reckwitz, 2020).

Este proceso, que asume la forma de una *contrarrevolución silenciosa* en contraste con la trayectoria identificada por Inglehart (2018) de cambio en los valores y en la cultura política hacia un postmaterialismo, pone de manifiesto la espiral populista de desafío a la representación política liberal-democrática (Canovan, 2005; Rosanvallon, 2020; Urbinati, 2019). En el entramado no resuelto de las promesas incumplidas de la modernidad y de la democracia, se generan las condiciones para el surgimiento de una fuerza desestructuradora de la mediación política tradicional, mientras que, al mismo tiempo, se crea espacio a un proceso de oposición política *antiestablishment* interpretada por el soberanismo y el *nativismo diferencial*: un populismo nacionalista que pierde el carácter ideológico de los movimientos de la derecha neofascista tradicional y se opone abiertamente a los fenómenos del multiculturalismo y la globalización (Betz, 2003; Bornschier, 2010; Kriesi *et al.*, 2012). La política, entendida tanto como representación liberal-democrática basada en la delegación de poder a representantes legitimados por vínculos ideológicos, como ámbito institucional de gobierno capaz de materializar el proyecto democrático mediante regulación y redistribución, pierde progresivamente su capacidad para *incidir* en las formas de cambio social. Las formas de aceleración social aumentan su ritmo respecto a los tiempos de la política, y esta *desincronización* socava la capacidad, típicamente moderna, de la política para regular los límites y direcciones en que actúan la ciencia, la tecnología y la economía (Rosa, 2015, 2019). Dentro de esta fractura, relacionada tanto con el tiempo como con el problema de la legitimación y la capacidad de construir marcos de sentido compartidos, se forma progresivamente esa oposición entre representantes y representados, en la particular expresión de la contestación populista a la democracia liberal, caracterizada por la confrontación entre élites y pueblo (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012; Müller, 2016).

Las condiciones óptimas para la aparición de este fenómeno están directamente relacionadas con el progresivo tránsito de la democracia hacia una práctica procedimental centrada en garantizar los fundamentos institucionales de la igualdad política, pero cada vez más carente de la capacidad para activar aquella *política redentora y de esperanza* que había legitimado la democracia de los partidos, y que ahora se convierte en patrimonio exclusivo de la estrategia populista (Canovan, 1999). Si bien la emergencia de crisis económicas, financieras, demográficas o de política internacional alimenta la estructura de oportunidades para las distintas expresiones del populismo, una variable determinante reside en las orientaciones culturales y en las emociones hacia la política. De hecho, el resentimiento es el principal motor del populismo, como expresión de un distanciamiento irreconciliable y de una rabia motivada por la percepción de amplios sectores de la sociedad de no ser reconocidos, de ser despreciados, de no tener voz en las decisiones de las instituciones y, además, de ser víctimas de una privación de estatus (Demertzis, 2006; Rosanvallon, 2020). Todo el edificio del populismo se basa en una nueva formulación de la fractura entre centralidad y periferia, no politizada desde condiciones socioeconómicas o de clase, sino desde una percepción amplia y variada de abandono e invisibilidad, donde la *emoción en acción* redefine los contornos de la política de clivaje populista, construida sobre la oposición entre *ganadores y perdedores* como categorías socioculturales y no socioeconómicas (Kriesi, *et al.*, 2012).

En este contexto, se lleva a cabo la construcción del perímetro de una comunidad imaginada fundada sobre los conocidos pilares del populismo, como la división de la sociedad en dos grupos homogéneos en conflicto: la élite corrupta y el *pueblo puro*, con un llamamiento a este último a recuperar la soberanía perdida, no solo en clave antielitista sino también, o sobre todo, antipluralista (Mudde, 2004; Rooduijn, 2014; Müller, 2016).

La característica fundamental del populismo se encuentra en esa *torsión representativa* que subvierte los pilares de la relación entre elegidos y electores, entre gobernantes y gobernados, en nombre de una representación *directa* del pueblo a través de su líder, sin impedimentos, compromisos, transacciones o límites impuestos por el sistema de intermediación (Diehl, 2019). Este es el momento en el que se realiza el encuentro entre la política de lo impolítico y el proceso de desintermediación que impregna todo el proceso de transformación de la democracia en clave populista, marcando un desarrollo particular de la personalización del liderazgo en relación con los temas de participación y representación. El líder populista se convierte

en el intérprete único y auténtico de la *política de lo impolítico*, no como un intérprete, sino como el portavoz de la *mayoría silenciosa* (Taggart, 2018), con quien comparte la representación de la política como un lugar proclive a la corrupción y la traición, del cual mantenerse alejado, salvo en casos extraordinarios en los que el pueblo, a través de su líder, está llamado a asumir una responsabilidad directa.

La forma que adopta el pueblo en acción marca la especificidad del populismo, y su politización es una parte integral de la acción estratégica del líder populista. A pesar de la oposición a la delegación, la relación de encarnación/identificación con el líder de hecho se traduce a su vez en una forma de delegación sin la carga de la rendición de cuentas, ya que es la construcción simbólica de la simbiosis entre líder y pueblo lo que legitima la distribución desigual del poder. Al mismo tiempo, el recurso a formas de democracia directa, incluso mediante plataformas que permiten procesos participativos en línea, se reduce a formas plebiscitarias en las que la ciudadanía activa no produce ningún efecto contrahegemónico, sino que reproduce a escala desintermediada la regla de la mayoría (De Blasio y Sorice, 2018). La reproducción de una *sustancia simbólica* no requiere una participación activa, sino una movilización instrumental que utiliza la democracia directa como herramienta para llenar la percibida separación entre el pueblo soberano y el pueblo político real (Urbinati, 2020), y, como tal, se presta a la estrategia de manipulación de la personalización populista (Viviani, 2024).

El actor político relevante del populismo es, por tanto, el líder en su capacidad de dar vida a una *política de la personalidad*, en la que su *extraordinariedad* reside en la construcción simbólica de su *ordinariedad*, y donde la estrategia y la narrativa de similitud pasan por el recurso a la invención de mitos, de referencias ideológicas parciales y, en general, a un discurso público en el que el protagonismo de la hiperpolitización del pueblo se fusiona con el telón de fondo de la despolitización de la política (Panizza, 2005; Taggart, 2018).

No es nuevo que quien hace política no solo produce *políticas*, sino también *discurso político*, es decir, procesos de identificación, reconocimiento y creación de grupos (Pizzorno, 1993). Superados los fundamentos tradicionales de la representación, en el populismo se radicaliza el *representative claim*, es decir, la reivindicación avanzada directamente por el representante, el líder, quien a través de su propia actuación se convierte en el actor que moldea a los representados y no en un simple agente de representación

(Saward, 2010; De Blasio y Sorice, 2018). Esta pretensión representativa se une a la particular acepción de *proximidad* en las estrategias de construcción del pueblo populista. El populismo traduce la demanda de reconocimiento en una *política de presencia* y en esa forma específica de representación que Rosanvallon (2005) denomina *representación-narración*. En otras palabras, se lleva a cabo una reconfiguración de identidades débiles y de grupos sociales fragmentados cuya ficción está representada precisamente por el proceso mediante el cual el pueblo unitario se personifica en su líder.

Una dinámica no muy distinta –en términos de proceso– de la repolitización que Laclau, partiendo de la superación de las clases sociales tradicionales, atribuye a la capacidad del líder de construir discursivamente un pueblo unitario mediante la incorporación en su figura de *cadena de equivalencia* de demandas insatisfechas (Laclau, 2005). En síntesis, la superación de la democracia de los intermediarios invierte la posibilidad de consolidar una democracia que recrea lazos de solidaridad a partir de formas discursivas de reconstrucción de identidades mediante un reconocimiento mutuo entre grupos sociales, haciendo del populismo no solo una patología de la democracia, sino también una patología de los propios procesos de reconocimiento (Hirvonen y Pennanen, 2019). Un proceso de repolitización centrado en un plebiscitarismo que utiliza movilizaciones emocionales y episódicas que no requieren la reconstrucción de lógicas de acción colectiva.

Conclusiones

El recorrido analítico propuesto en este artículo ha destacado cómo las transformaciones de la modernidad avanzada plantean cuestiones cruciales para la democracia contemporánea, revelando el impacto de los procesos de individualización y singularización en el vínculo social y la legitimación política. Estos procesos, lejos de representar una simple evolución de la emancipación individual, señalan un cambio radical en la construcción de la identidad y en las dinámicas de reconocimiento, con implicaciones profundas tanto a nivel individual como colectivo (Reckwitz, 2020; Martuccelli, 2010). Las reflexiones presentadas sobre estos fenómenos evidencian no solo la complejidad de la relación entre individuo y sociedad, sino también la urgencia de repensar las instituciones democráticas para hacer frente a los nuevos desafíos culturales y políticos.

En particular, el paso de la lógica universalista de la modernidad clásica, centrada en la emancipación del individuo a través del reconocimiento de los derechos universales, a la lógica singularista de la modernidad tardía implica una fractura significativa: mientras que la individualización se configuraba como un proceso que liberaba al individuo de las ataduras de la tradición para permitirle participar en un proyecto universal, la singularización introduce una lógica que exalta la unicidad individual como requisito imprescindible para el reconocimiento social (Reckwitz, 2020). Este cambio, como hemos tratado de evidenciar, desplaza el centro de gravedad del vínculo social: ya no es la pertenencia a una colectividad universal lo que confiere significado a la vida individual, sino la capacidad de construir y ejecutar una narrativa única e irrepetible de sí mismo (Martuccelli, 2010).

El marco teórico propuesto permite tematizar el profundo cambio en la relación entre la identidad-Yo y la identidad-Nosotros. La identidad-Yo, que en la modernidad clásica representaba la autonomía reflexiva del individuo dentro de un sistema de normas compartidas, se transforma en la modernidad avanzada en un resultado performativo, constantemente validado a través del reconocimiento social. Paralelamente, la identidad-Nosotros ya no es un marco universalista que orienta la individualidad, sino una estructura habilitadora que proporciona el contexto para la valorización de las diferencias (Martuccelli, 2022). Esta reelaboración teórica evidencia un cambio simbólico que redefine el papel de las instituciones, llamadas a crear condiciones que permitan la diversificación sin renunciar a la cohesión.

También se ha subrayado cómo la singularización, aunque ofrece nuevas oportunidades de emancipación y autoexpresión, genera contradicciones y vulnerabilidades. No todos los individuos disponen de los recursos culturales, sociales y emocionales necesarios para responder a las exigencias de una sociedad singularista. Esto genera nuevas fracturas sociales, ya no basadas exclusivamente en divisiones de clase o económicas, sino en diferencias culturales y performativas (Reckwitz, 2020). Las consideraciones finales presentadas muestran cómo esta dinámica origina un dualismo entre los *ganadores* de la singularización, miembros de una élite cultural capaz de capitalizar el reconocimiento individual, y los *perdedores*, aquellos que no logran cumplir con los estándares impuestos por la lógica singularista y se refugian en identidades estigmatizadas o en comunitarismos esencialistas (Pappas, 2019).

Un nuevo dualismo social que, como hemos tratado de evidenciar, produce implicaciones significativas para la cohesión democrática. Las

reflexiones propuestas muestran que la crisis del reconocimiento se inserta en el centro de esta dinámica. Aquellos que no logran obtener un reconocimiento positivo a través de la singularización experimentan un sentimiento de exclusión y alienación que debilita tanto la confianza en sí mismos como en las instituciones. El análisis ha evidenciado cómo esta condición se refleja a nivel colectivo y contribuye a la fragmentación del tejido social y a la polarización política (Hirvonen y Pennanen, 2019; Rosanvallon, 2020).

Otro tema central abordado en el artículo es la transformación de la subjetivación, que en la modernidad clásica representaba un proceso de emancipación y autonomía. En la modernidad avanzada, como se ha señalado, se convierte en un imperativo performativo que impone a los individuos demostrar continuamente su valor a través de acciones y elecciones reconocidas como auténticas y extraordinarias (Touraine, 1992; Martuccelli, 2022). Las reflexiones expuestas revelan cómo esta presión constante amplifica las desigualdades entre quienes disponen de los recursos para hacer frente a estas *pruebas-desafíos* y quienes carecen de ellos.

Las implicaciones de estas dinámicas, como se ha mostrado en el desarrollo argumentativo, se extienden a la esfera política y generan una crisis de la representación democrática. La desintermediación y la fragmentación del debate público, según se desprende del análisis, dificultan cada vez más que las instituciones políticas representen intereses colectivos y construyan un sentimiento de pertenencia compartido. En este contexto, el populismo se configura como una respuesta hiperpolítica a la crisis de la representación, oponiendo una visión unitaria y homogénea del pueblo a las élites y al pluralismo democrático, (Mudde, 2004; Müller, 2016). Sin embargo, las consideraciones finales muestran que esta respuesta no resuelve las tensiones de la modernidad avanzada, sino que las agrava, sustituyendo el diálogo democrático por una confrontación binaria que alimenta divisiones y polarizaciones (Laclau, 2005).

Para hacer frente a estos desafíos, la democracia debe ser repensada como un proyecto inclusivo y plural, capaz de integrar las diferencias sin renunciar a los principios de igualdad y justicia social. Las reflexiones expuestas subrayan la importancia de fortalecer los espacios públicos de deliberación y de renovar el papel de las instituciones democráticas, que deben ser capaces de representar la pluralidad sin caer en lógicas excluyentes o polarizantes (Habermas, 1982; Urbinati, 2020).

Cuando la interdependencia de las formas del vínculo social y del vínculo político sitúa en el centro las continuas tensiones entre generalidad y

singularidad, la relación entre racionalización y culturalización, la estabilización dinámica y la relevancia de la acción social en términos afectivos, resulta posible tematizar el desafío crucial al que se enfrenta la democracia: reconciliar las exigencias de autonomía y autenticidad individual con la necesidad de cohesión social y pluralismo. Un desafío que impone un replanteamiento de las categorías interpretativas, las cuales están llamadas, una vez más, a desarrollar una teoría de la sociedad que, al mismo tiempo, permita interpretar las líneas de fractura y el cambio en las bases sociales y culturales de las democracias contemporáneas.

Referencias

- Araujo, Kathya, y Danilo Martuccelli. 2010. "Individuation and the Work of Individuals." *Educação e Pesquisa* 36: 77-91.
- Bauman, Zygmunt. 1999. *La società dell'incertezza*. Bologna: il Mulino.
- Bauman, Zygmunt. 2002. *La società individualizzata. Come cambia la nostra esperienza*. Bologna: il Mulino.
- Bauman, Zygmunt. 2018. *La vita in frammenti*. Roma: Castelvecchi.
- Beck, Ulrich. 1997. *Was ist Globalisierung?*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Beck, Ulrich, y Elisabeth Beck-Gernsheim. 2002. *Individualization. Institutionalized Individualism and Its Social and Political Consequences*. London: Sage.
- Besozzi, Elena. 2021. *Società, cultura, educazione. Teorie, contesti e processi*. Roma: Carocci.
- Butler, Judith. 2005. *Giving an Account of Oneself*. New York: Fordham University Press.
- Canovan, Margaret. 1999. "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy." *Political Studies* 47(1): 2-16.
- Canovan, Margaret. 2005. *The People*. Cambridge: Polity Press.
- Collins, Randall. 1992. *Teorie sociologiche*. Bologna: il Mulino.
- De Blasio, Emiliano, y Michele Sorice. 2018. "Populism Between Direct Democracy and the Technological Myth." *Palgrave Communications* 4(1): Articolo 15.
- Demertzis, Nicolas. 2006. "Emotions and Populism." *European Journal of Social Theory* 9(1): 9-26.

- Diehl, Paul. 2019. "The Politics of Self-Expression: The Language of Populism." In *Populism and the Crisis of Democracy*, Vol. 2, 45-64.
- Dubet, François. 1994. *Sociologie de l'expérience*. Paris : Éditions de Seuil.
- Dubet, François. 2002. *Le déclin de l'institution*. Paris : Éditions de Seuil.
- Dubet, François. 2006. *Injustices. L'expérience des inégalités au travail*. Paris : Éditions de Seuil.
- Dubet, François. 2016. *Sociologia dell'esperienza*. Milano – Udine: Mimesis.
- Dubet, François, y Danilo Martuccelli. 1996a. *A l'École. Sociologie de l'Expérience Scolaire*. Paris : Éditions de Seuil.
- Dubet, François. 1996b. "Théories de la socialisation et définitions sociologiques de l'école." *Revue française de sociologie* 37(4): 511-535.
- Durkheim, Émile. 1992. *L'individualismo e gli intellettuali*. In *La scienza sociale e l'azione*, 281-298. Milano: Il Saggiatore.
- Elias, Norbert. 1990. *La società degli individui*. Bologna: il Mulino.
- Giddens, Anthony. 1991. *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*. Stanford: Stanford University Press.
- Habermas, Jürgen. 1982. *Teoria dell'agire comunicativo*. Bologna: il Mulino.
- Hayat, Samuel. 2019. *La représentation politique : histoire d'un concept*. Parigi: Presses de Sciences Po.
- Hirvonen, Onni, y Juha Pennanen. 2019. "Populism and the Politics of Recognition." *European Journal of Social Theory* 22(4): 527-547.
- Inglehart, Ronald, e Christian Welzel. 2005. *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kriesi, Hanspeter. 2017. "The Populist Challenge." *West European Politics* 40(2): 351-373.
- Kriesi, Hanspeter, et al. 2012. *Political Conflict in Western Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laclau, Ernesto. 2005. *La ragione populista*. Roma: Laterza.
- Lasch, Christopher. 2001. *La cultura del narcisismo. L'individuo in fuga dal sociale in un'età di disillusioni collettive*. Milano : Bompiani.
- Martuccelli, Danilo. 2006. *Forgé par l'épreuve : L'individu dans la France contemporaine*. Paris : Armand Colin.
- Martuccelli, Danilo. 2010. *La société singulariste*. Paris : Armand Colin.

- Martucelli, Danilo. 2022. "Singularization." In *Framing Social Theory: Reassembling the Lexicon of Contemporary Social Sciences*, edited by Paola Rebughini y Enzo Colombo, 108-122. London: Routledge.
- Melucci, Alberto. 1996. *The Playing Self*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Molyneux, Maxine, y Rebecca Osborne. 2017. *Gender, Movements and Bodies: The Practice of Identities*. London: Palgrave Macmillan.
- Mudde, Cas. 2004. "The Populist Zeitgeist." *Government and Opposition* 39(4): 541-563.
- Müller, Jan-Werner. 2016. *What Is Populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Panizza, Francisco. 2005. *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso.
- Pappas, Takis S. 2019. *Populism and Liberal Democracy: A Comparative and Theoretical Analysis*. Oxford: Oxford University Press.
- Parsons, Talcott. 1965. *Il Sistema Sociale*. Milano: Edizioni di Comunità.
- Pizzorno, Alessandro. 1991. *Il potere dei giudizi*. Bologna: il Mulino.
- Pizzorno, Alessandro. 1993. *Le radici della politica assoluta*. Milano: Feltrinelli.
- Preyer, Gerhard y Krausse, Reuss-Markus. 2023. *Third Modernity and Modernization*. En: Eadem, *Sociology of the Next Society. Emerging Globalities and Civilizational Perspectives*. Cham: Springer.
- Rebughini, Paola. 2014. "Subject, Subjectivity, Subjectivation", *Sociopedia. ISA*, 1-11.
- Reckwitz, Andreas. 2020. *The Society of Singularities*. Cambridge: Polity Press.
- Rosa, Hartmut. 2017. *Resonance: A Sociology of the Relationship to the World*. Cambridge: Polity Press.
- Rosanvallon, Pierre. 2005. *La Contro-Democrazia: La Politica nell'Era della Sfiducia*. Milano: Feltrinelli.
- Rosanvallon, Pierre. 2020. *Il secolo del populismo*. Milano: Feltrinelli.
- Saward, Michael. 2010. *The Representative Claim*. Oxford: Oxford University Press.
- Sciolla, Loredana. 2017. *Sociologia dei processi culturali*. Bologna: il Mulino.
- Taggart, Paul. 2018. "Populism in Western Europe." In *The Oxford Handbook of Populism*, 248-263.

- Touraine, Alain. 1992. *Critique of Modernity*. Oxford: Blackwell.
- Touraine, Alain. 2004. *Un nuovo paradigma per comprendere il mondo oggi*. Milano: Garzanti.
- Urbinati, Nadia. 2020. *Me the People: How Populism Transforms Democracy*. Cambridge: Harvard University Press.
- Urbinati, Nadia. 2025. "The decline and the need of the key force of inter-mediation". *Philosophy & Social Criticism*, 51(4), 559-570.
- Viviani, Lorenzo. 2024. *Leadership and Democracy: A Political Sociology of the Personalisation of Leadership*. London: Palgrave.
- Wagner, Peter. 2013. *Modernity: Understanding the Present*. Cambridge: Polity Press.